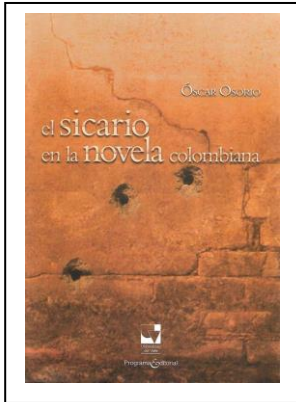


La novela del sicario en Colombia¹

Por Alberto Fonseca



En *La Virgen de los sicarios y la novela del sicario en Colombia*, Óscar Osorio escribe un innovador trabajo que explora el personaje del sicario en la literatura colombiana del siglo XX. Para el profesor vallecaucano, existen dos corpus que han caracterizado la representación del narcotráfico en la producción cultural colombiana: 1) la novela del sicariato que se ocupa de los asesinos al servicio del narcotráfico y 2) la novela del narcotráfico que tiene el tráfico de drogas “como elemento fundamental en la construcción de mundo que hace” (14). Su estudio se enfoca en el primer corpus con el análisis de siete novelas que van desde el año 1988 al 2000. Osorio utiliza este conjunto de textos para revisar de manera crítica un “lugar común” en el estudio de la narrativa del sicariato al asociarla con la sicaresca y exclusivamente con la región de Antioquia en Colombia. Este término nace a partir de la entrevista que el escritor colombiano Héctor Abad Faciolince dio a la revista *Número* en el año 1995 para explicar la emergencia de una serie de textos que se caracterizaban por sus personajes violentos al servicio del narcotráfico. Osorio considera que esta denominación es desacertada y para comprobarlo escribe un libro donde hace un examen comparativo entre la picaresca y la sicaresca y analiza una serie de textos que tienen como personajes a sicarios de distintas partes de Colombia.

El primer capítulo traza los diferentes errores conceptuales que nacen al utilizar la sicaresca y su definición. Por ejemplo, Osorio señala que el uso de la primera persona en *Sicario* (1988) y *Sangre ajena* (2000) no tiene ninguna similitud con el uso de la primera persona en la picaresca española. Para Osorio, el narrador en la primera persona de la picaresca tiene el propósito de enfatizar la identificación entre narrador y pícaro, mientras que en la novela del sicario la “instancia narrativa enfatiza la distancia entre el narrador y el sicario” (28). Su segunda crítica va dirigida contra el prejuicio de entender la novela del sicario como una literatura “deleznable” y orientada hacia una “estética mafiosa” (31). Es decir, Faciolince acuñó un término que identifica a una serie de textos de gran éxito comercial y crítico partiendo desde una descalificación estética y un

¹ Publicado en *Transmodernity*. Spring 2016: 200-203.

“repudio implícito” (32). Lo que más sorprende a Osorio es que los críticos reconocidos en el campo de la narco-narrativa han utilizado esta etiqueta sin prestar mayor atención a sus alcances. Osorio finaliza el primer capítulo con la definición operativa de su concepto *novela del sicario* alejándose de la expresión sicaresca y sus malentendidos: “Entiendo por novela del sicario (o del sicariato) aquella cuyo protagonista es sicario y cuya trama se estructura sobre las acciones de ese personaje y/o del entorno del sicariato” (46).

En el segundo capítulo, Osorio analiza siete novelas (*El Sicario* (1988) de Mario Bahamón Dussán; *Sicario* (1991) de Alberto Vásquez Figueroa; *El pelaíto que no duró nada* (1991) de Víctor Gaviria; *La Virgen de los sicarios* (1994) de Fernando Vallejo; *Morir con papá* (1997) de Oscar Collazos; *Rosario Tijeras* (1999) de Jorge Franco Ramos y *Sangre ajena* (2000) de Arturo Alape) desde cuatro parámetros formales: 1) la construcción de la figura del sicario; 2) la relación entre ciudad y violencia; 3) el fenómeno del narcotráfico y el sicariato; y 4) las implicaciones de la instancia narrativa en la visión del mundo. Por ejemplo, este análisis comparativo señala que el personaje del sicario difiere en los textos de Bahamón y Gaviria. Por una parte, en *Sicario* el personaje viene de una familia disfuncional que emigra del campo a la ciudad y que señala el fracaso del estado y de su sistema penitenciario. Además el narrador cumple una función de investigador que alerta e intenta sacudir al lector al igual que lo hace la literatura testimonial. Por otra parte, en *El pelaíto que no duró nada* tenemos un personaje rodeado de una familia cariñosa pero con padres que no dedican el suficiente tiempo a sus hijos. Además, el texto cuenta con un narrador que está más interesado en desarrollar el ambiente donde se mueven estos personajes que en las razones políticas o sociales que los arrojaron a elegir esta forma de vida. Osorio lo resume de la siguiente manera: “*Pelaíto* es una novela sobre los marginados que muestra las comunas desde adentro, desde la voz de los personajes marginales y desde su conciencia de mundo” (86). En el mismo capítulo, Osorio considera que *Rosario Tijeras* continua la representación de la transformación cultural de los viejos valores paisas de la ética del trabajo, el ahorro y la austeridad a una ética del dinero fácil, el consumo y el despilfarro. Osorio ve en el locus de la discoteca *Acuarius* una metáfora de los cambios que experimenta la ciudad de Medellín con el poder de los narcotraficantes. Esta inversión de las relaciones de poder en el espacio urbano es la parte más interesante de su análisis junto con la representación ideológica de los jóvenes bien de la sociedad y los sicarios. La última novela de este capítulo, *Sangre ajena*, tiene como personaje principal a un niño que experimenta la miseria y la violencia intrafamiliar y quien encuentra su “realización

económica y personal en la violencia criminal” (124). El narrador también se aleja de otros textos ya que siente simpatía hacia el personaje mostrando que “el sicario más perverso puede anidar sentimientos de humanidad” (129).

El análisis transversal al final del capítulo arroja conclusiones interesantes en las que todas las novelas del sicariato en Colombia comparten una mirada apocalíptica y coinciden en examinar dos instancias fundamentales: la familia y la sociedad. Sólo cuatro novelas mencionan el tema del narcotráfico y sólo dos novelas enfatizan prácticas religiosas, algo que sí es un lugar común en las producciones de televisión que explotan este tema. De la misma manera, varias novelas tienen personajes sicarios de ciudades como Medellín, Bogotá y Barranquilla. Osorio también está interesado en demostrar que las novelas con mayor capital simbólico, *La Virgen de los sicarios* y *Rosario Tijeras*, concuerdan en dos aspectos fundamentales. Ambas tienen personajes principales que no son sicarios (ya que se encuentran desempleados al momento de la acción narrativa) y comparten las características ideológicas de su narrador: “los narradores son representantes rebeldes de una clase social dominante que se enamoran de sujetos violentos de la clase social dominada, del mundo de los sicarios” (158).

En el tercer capítulo “Pensamiento criminal en la modelización narrativa de *La Virgen de los sicarios*” Osorio vuelve al análisis de la novela de Fernando Vallejo destacando la figura de su controvertido narrador. Para Osorio: “El narrador protagonista propone reiteradamente la solución extrema de la aniquilación para el caos social que registra. Esta salida única solo es posible en una configuración novelesca definida por un pensamiento criminal” (198). La historia cíclica de los amantes de Fernando es interesante pero el capítulo termina abruptamente cuando los lectores empezamos a examinar y cuestionar las razones por las que Osorio rechaza una lectura irónica de la voz narradora. Para Osorio el pensamiento criminal es el único eje desde donde se desprenden los distintos “constructos ideológicos” (188) de la aclamada novela de Vallejo. *La Virgen de los sicarios* y *la novela del sicario en Colombia* refuta desde sus bases los estudios sobre el personaje de los sicarios.

Para el autor, “lo útil es precisar los alcances y las implicaciones de una denominación para esta narrativa y examinar si las que hasta ahora se han impuesto resultan satisfactorias” (42). El valor del texto de Osorio no simplemente radica en su rigurosidad frente a las denominaciones sino que ofrece nuevas aproximaciones a conjunto de textos que merece más estudios académicos. Por ejemplo, algunas conclusiones que merecen destacarse son que *El sicario*, *El pelaito* y *La*

Virgen ofrecen una mirada tremendamente pesimista de la nación y del personaje del sicario mientras que *Sicario* y *Sangre* ofrecen una salida mediante el esfuerzo personal y la educación. Esto demuestra que la novela del sicariato no puede encasillarse a una serie de elementos comunes sino que un estudio serio necesita tener en cuenta la variedad de sus discursos y estrategias literarias.

El libro de Osorio es iluminador cuando está en diálogo con los diferentes textos pero también cae en una especie de mecanicismo técnico que impide que el autor explore las múltiples interpretaciones éticas y estéticas que nacen de su propio análisis de la voz narradora. Si la idea es crear una comparación entre los diferentes textos y su distancia frente a ciertas características formales, una tabla o un cuadro comparativo hubiera ilustrado este propósito de manera más contundente.

El tercer capítulo sobre Fernando Vallejo y su texto seminal *La Virgen de los Sicarios* parece que parte de un trabajo previo y rompe la continuidad de su análisis formal y comparativo. En muchos apartes del libro hace falta incluir la ficha biográfica de los autores y guiar al lector menos especializado en la época histórica, ya que como el autor mismo señala, la novela del sicariato “se remite a un fenómeno socio-histórico específico” (46). También se echa de menos un capítulo final que explore las diferentes variaciones de la novela del sicariato a la luz del año de su publicación (2013) y de las distintas transformaciones que ha sufrido el campo cultural colombiano en el siglo XXI.

La Virgen de los sicarios y la novela del sicario en Colombia es un trabajo detallado que empuja el estudio de la narrativa del sicariato hacia una discusión teórica necesaria. También considero que hay dos aspectos claves que pueden interesar a los lectores. El primero, este texto es importante para cualquier académico interesado en la definición de novela del sicariato y las implicaciones teóricas, comerciales y de recepción que generó su denominación como sicaresca. Osorio provee un juicioso resumen de las distintas posiciones de los principales críticos latinoamericanos que han trabajado esta vertiente desde su nacimiento a finales de la década de los ochenta. Similarmente, los lectores encontrarán en el texto de Osorio un corpus sugerente de textos para empezar nuevos proyectos, aún por realizarse, sobre la novela del sicariato en Colombia y abrir el campo de las narrativas de las drogas a nuevas áreas de análisis cultural.